

Los cambios, ¿para qué?

José Carreño Carlón

Antes de consumarse el regreso del PRI a Los Pinos, ya se anticipa en los medios y en las conversaciones públicas la vuelta a las rutinas de sus buenos tiempos. Entre otras, no podía faltar la presión a favor de cambios en el gabinete alrededor de la fecha del informe presidencial.

Pública y cotidianamente se le exigen, sugieren o recomiendan hoy los relevos a un Presidente que aparece en el peor de los mundos: si cede en estas fechas deberá saber que sus nombramientos de aquí en adelante serán, cuando mucho, anuales, ante la expectativa de cambios que se desbordará en vísperas de los informes siguientes. Y si resiste a la dramatización con que se ha generado la expectativa de la inminencia de la renovación del equipo, pagará el costo de la violación de una expectativa que ciertamente dejó crecer pero que habría dejado sin satisfacer. Y lo peor: terminaría siendo percibido como cabeza de un gabinete desvalorizado, sin autoridad.

En estas condiciones la conservación de los colaboradores más expuestos al hostigamiento de las noticias, filtraciones y mensajes que los exhiben a punto del relevo no sólo afecta gravemente su capacidad de acción y de interlocución en nombre de un gobierno del que aparecen insistentemente excluidos. Adicionalmente, la prolongación de este trance le resta estabilidad al conjunto del gobierno. Y aunque no parece importar gran cosa, desestabiliza gravemente al funcionario sujeto a esa presión. De manera que mantenerlo en el puesto no implica, para nada, un acto de consideración.

Costo de oportunidad

Es muy alto el costo de oportunidad por la postergación de las decisiones en este campo. Se perdió la oportunidad de renovación y de relanzamiento del gobierno tras su desastroso desempeño electoral. Fue una oportunidad perdida que postergó también la posibilidad de reafirmar reflejos y estilos modernos de acción y de reacción, como aquellos a los que apuntó la rápida renuncia del jefe del partido del gobierno, caído al pie de las urnas en las

horas que siguieron a la debacle.

Pero ante la falta de continuidad de esa forma de gestión de la adversidad, la agenda del debate público se sobrecargó de especulaciones y rumores, de ambiciones e intereses impacientes que marcaron la vuelta al pasado en varios aspectos.

Como en los tiempos del partido casi único, en que a falta de verdadera competencia electoral las luchas efectivas por el poder se realizaban dentro del grupo gobernante, hoy vuelve a aparecer el gabinete presidencial como el campo de batalla de varias décadas atrás.

Y, como entonces, también volvió el ocultismo como método para revelar la permanencia en el gabinete o la exclusión, la lectura de los signos en la casa presidencial: a quién saludó el jefe y cómo, a quién invitó a su cumpleaños y cuánto tiempo le dedicó.

Vuelve la tenebra

Ha sido asimismo el regreso de la vieja tenebra, el equivalente mexicano de la soviología: las ciencias ocultas aplicadas para adivinar las purgas y los ascensos en los sistemas políticos herméticos, a través de la lectura de la colocación de los miembros del aparato en un presidium kilométrico o de la intensidad de la palmada presidencial distribuida en el círculo íntimo.

Pero los cambios vendrán, independientemente de las capacidades de las personas y de los márgenes reales del gobierno de incidir —con o sin ellos— en el sombrío panorama que se abre para el futuro cercano.

Empezarán probablemente con los dos miembros del gabinete más hostigados, lo que no quiere decir ni remotamente que sean los menos capaces: el procurador Eduardo Medina Mora y el director de Pemex, Jesús Reyes Heróles. Y seguramente continuarán. Pero en las actuales circunstancias será indispensable que los cambios de personas renueven también estilos y discursos para que cumplan el verdadero propósito central de hoy, modesto pero vital, de contribuir a renovar expectativas y a sustentar la percepción de que el gobierno está activo y no lo ha pasmado la adversidad.

jose.carreno@uia.mx

Académico

